



Marino Muñoz Lagos

Columnas de opinión

El escritor Silvestre Fugellie

Estábamos pasando parte de nuestras vacaciones en la apacible ciudad de San Javier, cuando una llamada telefónica desde Punta Arenas nos comunicaba la grata noticia que el escritor magallánico Silvestre Fugellie había obtenido muy merecidamente el Premio Municipal de Literatura Poeta José Grimaldi. Fue una alegría inmensa para nosotros, pues Fugellie es uno de nuestros grandes amigos, de aquellos que cruzan el tiempo con su bondad y sencillez.

Inmediatamente lo llamamos para felicitarlo desde la distancia y expresarle las congratulaciones por este nuevo galardón en su ya larga y meritoria carrera literaria. Fueron algunos minutos de emotivas palabras, a través de cuyas resonancias quisimos expresarle al amigo nuestra satisfacción por tan hermoso triunfo. Momentos después brindábamos por él unas copas de vino pipeño de la zona, raíz y fruto de las mejores cepas de San Javier o Villa Alegre.

Al mismo tiempo, pasamos una suerte de película en blanco y negro de lo que ha sido nuestra amistad con Silvestre Fugellie desde nuestra llegada a Punta Arenas, en 1948, y reflexionamos acerca de este casi medio siglo de mutuo conocimiento. Y tendríamos que volver a las calles empedradas de la ciudad austral, cuando la lluvia hacía brillar sus caminejos en noches de honda y acogedora bohemia con otros amigos que la muerte y el viento se han llevado para siempre entre la espuma de las cervezas y la tierna melancolía de los vinos.

Era la época del Centro de Escritores de Magallanes, donde estaban con sus voces y sus cuartillas José Grimaldi, Manuel Andrade Leiva, los hermanos Wegmann, Jorge Rubén Morales, Rosa de Amarante, Esteban Jaksic o Ricardo Hurtado Sagredo, quienes nos uníamos para soñar con libros y revistas que dieran a conocer nuestros pensamientos y hazañas. Hasta ellos llegamos con Silvestre Fugellie en busca de la pepita de oro de la prosa

o la poesía.

Han pasado los años. Nuestro amigo recién galardonado publicó en 1967 su primer libro de versos que tituló "Solana del viento". Anduvimos juntos en la aventura, pues a nosotros nos correspondió escribir su prólogo, en cuyas líneas temblorosas trazábamos una semblanza del novel autor. Hoy, Silvestre Fugellie tiene a su haber una docena de textos que rubrican su calidad de escritor que ha pasado ya los límites de la geografía patria.

En la prosa y en el verso, su entereza creadora nos entrega un mensaje de vital y rejuvenecedora poesía.

No está de más -y eso es lo preciso-, detenerse en algunas de las líneas de su producción poética, especialmente aquellas en que la emoción nos sorprende con sus joyas. Joyas que podrían parecer lágrimas, cuando el hombre apoya su cabeza en un hito de la eternidad. Veamos, por ejemplo, su poema "Ha desaparecido una casa" que en sus últimas estrofas dice:

"Vine a ver mi casa; / otras, las de mi vecinos / inolvidables / permanecen enhiestas; / pero la mía, / aquella del jardín hu-

medecido, / de amplios y vidriados cuarterones, / galería pequeña / y techo rojo, corrugado; / ese hogar de mis pasados / y cálidos encuentros / había desaparecido / así como los míos / en triste caravana."

El poeta retoma su camino y continúa mirando esas ruinas silenciosas, esos escombros inútiles, para sumirse en un pasado de cautivadora evocación:

"Sin embargo, / mientras su imagen me acompaña / seguiré viviendo en ella / y en cada uno de sus cuartos / eterizados, / aun cuando la nostalgia / soñolienta / entorne sus párpados / y se duerma en el lecho / de mi memoria fatigada."

Así nos habla el escritor Silvestre Fugellie y así debiéramos escucharlo en la voz de sus libros, hijos de sus manos y sus sienes de viejo magallánico.

Hoy, Silvestre Fugellie tiene a su haber una docena de textos que rubrican su calidad de escritor que ha pasado ya los límites de la geografía patria